

Agosto

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2013 SEMANA 33  
JUEVES

15

Faltan 38 días para el otoño.

Festividad de Nuestra Señora y San Napoleón.

**Sucedió en Asturias. 1810.** El general Bárcena derrota a los franceses en Linadas de Cornellana. **1884.** Se inaugura el ferrocarril de León a Gijón. **1924.** Se inaugura en Gijón la I Feria de Muestras de Asturias oficial e internacional. **1949.** Es conocida oficialmente como patrona de Teverga Nuestra Señora del Cébrano.

**1976.** En Gijón, en el Teatro de la antigua Universidad Laboral, tiene lugar un homenaje póstumo al productor cinematográfico, Jesús Rubiera, creador de la empresa Asturias Films. **1991.** Fallece a los 77 años en el Hospital Monte Naranco Eduardo Herrera Bueno, «Herrerita», considerado como el mejor futbolista asturiano de la historia.

Un fulmar boreal.



## Fulmares en alta mar

El fulmar boreal frecuente en estas fechas el Cantábrico asturiano, aunque suele mantenerse lejos de la costa, por lo que pasa muy desapercibido. Se meja una gaviota con la cabeza muy voluminosa y el pico más grueso, que vuela con las alas rígidas y alterna planeos a ras de las olas y vuelo batido.

Las Plazas de Toros, así con mayúsculas, porque mayúscula es la simbología que les atribuye el autor, como gran escuela de la vida. En el 125.º aniversario de El Bibio y

en el día grande de las fiestas de Begoña, este artículo presenta el coso de Gijón como el lugar que enseñó a toda una generación las nociones centrales de los valores de Oc-

cidente: el peligro, el rito, el drama de los héroes, la estética, la belleza, la supervivencia, el elogio, la reprobación y el sigilo de la muerte. Pasen y degusten la faena.

# Plaza de Toros de Gijón

El Bibio, donde la muerte es sangrientamente real, como escuela de análisis para descubrir la importancia insustituible de la obra bien hecha y la virtud de la honra

Luis MEANA

Más de un siglo lleva esa rojiza circunferencia de piedra, ese trozo de mar incrustado en la tierra, siendo íntima compañera de nuestra existencia. 125 años lleva esa dorada platea poniéndonos vida y muerte frente a frente en medio de las brisas de su vecino el océano. Desde hace 125 años, cumplidos en esta Virgen de Agosto, ahí está, ahí está nuestra particular Puerta de Alcalá viendo pasar el tiempo, sin que ningún juglar autóctono le haya compuesto una «canzonetta», quizá porque, para gente tan sublime, los toros no merecen otra música que esa «cosa» que ellos consideran retrofascio y ratonera, o sea el pasodoble. Ocurre que cuando uno no sabe cantar a nada importante, acaba llamando fascio o cualquier cosa a los misterios más hondos. A eso han ido a parar ese arte y sus artistas, a las frivolidades.

Dicho de otra forma, a la parálisis autista ante el rito imponente e incomprensible de la muerte, que la inepta razón moderna, bastarda de la Razón clásica, ha ido arrinconando en las Plazas de Toros, mayormente porque no sabe qué hacer con ella y evita así verla en su animalidad aterradora. Amamos, en una de nuestras más obstinadas paradojas, cada vez más a los animales, pero odiamos cada vez más a la animalidad. Y los toros son animalidad y sangre. Y ahí choca el moderno con sus límites y sus repugnancias. Para este mundo postmoderno, la muerte sólo es comprensible y aceptable desde la mecánica (las motos o los coches). La muerte es un corolario de la velocidad, desde que Newton llegó a los cielos. Muerte que debe ser limpia y rápida, y bajo ningún concepto agónica. Pero en las Plazas de Toros, de Gijón o de cualquier sitio, la muerte no es virtual ni digital. Es sangrientamente real. En esas plazas la muerte es un ancestro que corre ensangrentado vestido de toro negro. Quizá por eso las



MARCOS LEÓN

El torero Daniel Barrio, recreándose en El Bibio, belleza e historia unidas.

Para este mundo postmoderno, la muerte sólo es aceptable desde la mecánica –motos o coches–: la muerte es un corolario de la velocidad desde que Newton llegó a los cielos

Bibio concuerda en demasiadas letras con Biblia. Insólita casualidad: podríamos decir que El Bibio es nuestra Biblia, el libro sagrado con el que aprendimos historia local y raros sucesos

Plazas están tapiadas con unos exageradísimos paredones como sólo se hace sólo con cárceles o cementerios.

Dos grandes escuelas, dos oráculos ha habido siempre en Gijón para ponerse a cavilar en el muro de nuestras lamentaciones. El sagrado estadio de El Molinón, convertido hoy por la mano de unos ineptos en un estercolero artístico, y no sólo artístico, y la Plaza de Toros de El Bibio, que ha pasado épocas decrepitas pero en la que aún brilla a veces un trocito de éxtasis. Le debemos mucho los antiguos niños de Gijón a esas dos viejas escuelas de análisis en las que Gijón ejercitaba el rigor y hacía su propia forja de héroes. Le debe mucho España a esas rústicas y sucias Plazas de Toros, y a esos antiguos estadios. Sirvieron para transmitir, con mucho más rigor que muchos centros, gusto, estándares, modelos, cánones y reglas. En esas plazas nos enseñaron los secretos de esas destrezas. Nos enseñaron a poner nombre a las cosas. A no distinguir unas de otras. A saber cómo se componía cada una. A diseccionar jugadas y faenas. A no fiarnos de las apariencias. Nos descubrieron el valor y la importancia insustituible de la obra bien hecha. Nos inocularon el veneno de la excelencia. Nos enseñaron la virtud de la honra y de la vergüenza torera. Allí, mucho antes que en los más sólidos tratados, aprendimos la importancia esencial de la crítica, que ha hecho a Occidente.

Hemos dado, niños de El Bibio, mil veces la vuelta a esa circunferencia de piedra entre expectativas, sueños y esperanzas. Hemos visto en ella mil bellezas y mil dramas. Hemos visto atracadores, maestros y cuentistas. Hemos mamado allí un rito extraño y anacrónico: en usos, formas, vestidos y colores. Y hemos esperado muchos años a que de aquella lámpara de piedra inmóvil saliese un genio que nos explicase el misterio incomprensible de esa lucha entre hombre y fiero. Seguimos esperando una respuesta. Esa incógnita la resuelven tan poco las grandes teorizaciones taurinas como las ruidosas protestas antitaurinas, tan de moda. Pero esa Plaza vieja es parte esencial de nuestra vida. Los bachilleres de Gijón aprendimos en esa Plaza ligeramente ovalada, mucho antes de encontrarlas en los libros, algunas de las nociones centrales de Occidente. Conocimos el peligro. Entendimos

lo que es un rito. Vimos el drama de los héroes. Descubrimos la estética y lo que pasa cuando los ojos se inundan de belleza. Supimos lo que era la lucha por la supervivencia antes de que nadie pronunciara la palabra Darwin. Descubrimos la naturaleza caprichosa del triunfo, entendimos el elogio y la reprobación, la importancia del azar, y lo más duro e impensable de todo, la rapidez y sigilo con la que llega la muerte.

Bibio es el nombre sorprendente que recibió esa vieja Plaza. Nombre que concuerda en demasiadas letras con la palabra Biblia. Insólita casualidad. Podríamos decir que El Bibio es nuestra Biblia. El Libro sagrado con el que aprendimos ciertas partes de la historia de Gijón y sus más raros sucesos (algunos pueden leerse en el libro de Juan Martín, «Juanele», sobre el aniversario). El Bibio, las Plazas de Toros en general, narran la historia memorable y maldita de la existencia humana: el idilio inicial del hombre con la fiero, la quiebra de ese paraíso, y la maldición del destino que convierte el idilio en una lucha descarnada por la supervivencia. Ese es el fondo de esa cosa laberíntica llamada toreo.

La Plaza no es el comienzo. Antes de la Plaza hay un idilio llamado dehesa. Lugar en el que el campo se hace toro de la misma forma que se hace encina o monte. Allí, un animal aristocrático criado entre mimos y algodones llega a convertirse en una de las glorias máximas de la naturaleza. La bestia se vuelve bella, belleza que nada tiene que envidiar a la del rey de la selva. El toro son cuatro años de éxtasis en una pradera. Mayores y criadores cuidan cada día el cuerpo y el alma de esa fiero, la alimentan de pasto bendito, y la obligan a hacer aerobic entre árboles, cochinos y caballos. Es decir, la utopía fraterna de S. Francisco de Asís pero sin lobos. Si la dehesa es el Paraíso, la Plaza es el Estado. Y estado hobbesiano: «guerra de todos contra todos». Eso es lo que se escenifica en la Plaza, sin que se hayan enterado esos intelectuales que ven fascio en casi todo porque, como ya explicó Goethe, el ojo sólo ve la tontada que le deja ver su atolondrada mollera. La dehesa es campo abierto. La Plaza es un círculo cerrado. La Plaza es circular porque el círculo es la forma perfecta de cierre. Y es circular porque cíclica es la vida humana. Al final retorna siempre el principio.

Sigue en la página 87

La Nueva España

Recorte por la línea de puntos y péguelo en la casilla correspondiente de su cartilla

15/08/13